

Vieron todos los baratillos del Guadalmedina, los de Carreterías, y al fin en la Plaza de de San Pedro Alcántara, en el portal mal oliente y repleto de baratijas del célebre Martín, encontraron lo que deseaban. El regalo no podía ser mejor. Escogieron una guitarra que «quitaba el sentío». Parecía que acababa de salir de la tienda.

La hermana de Manolo la adornó con lazos verdes, amarillos, azules y rojos, y ella misma entregó el obsequio de su hermano al «Camándulas», que dijo:

—Ya sabía yo que Manolo era toito un hombre y que lo que pasó, pasó y que somos amigos.

V

Brillante fué la fiesta de bodas. El patio del Corralón, estaba adornado con ramas verdes salpicadas de geranios y verbenas. Sobre una mesa desvencijada había botellas de vino y aguardiente y platos con dulces y bollos de aceite. Las mujeres reían y gritaban, luciendo sus mejores vestidos y sus pañolones más vistosos. Los hombres palmoteaban, bromeando entre sí.

Estaba la fiesta en su mayor esplendor. Las cabezas caldeadas por el vino y la alegría. Los ojos reflejando placer y sensualidad.

¡Qué hermosa estaba la «Jazmina», con su pañuelo de Manila, su collar de corales y su vestido de color de Mahón, adornado de encajes! Cuando se levantaba se oía un coro de ¡Olé! ¡Viva tu mare y ¡Bendita sea tu arma!

«Camándulas» rasgueaba la guitarra que le había regalado Manolo. Era un tocaor maestro. Las cuerdas parecían gemir unas veces, llorar otras y obedecer siempre los deseos del que las pulsaba.

Se bailaron sevillanas y tangos. Llegó el turno al cante de la tierra, a las «Malagueñas». Cantó la casera, por cierto, bastante mal, y después la «Niña de la Pelusa». Una voz dijo:

¡Venga de ahí, Manolo!

—Allá va—dijo el aludido—mas primero me aclararé la garganta.

Apuró una copa de aguardiente, tosió una o dos veces, canturreó bajo y al fin salió de sus labios esta copla:

Mal hayan las jembras malas
que son espigas sin trigo

y se casan por casarse
con cualquier perro judío.

A «Camándulas» le hizo la copla el mismo efecto que si le hubiera mordido un perro rabioso, pero torció los ojos, apretó el mástil de la guitarra y se fijó en los que aplaudían.

La «Jazmina» quiso también cantar y cantó:

Los hombres que son mudables
no esperen buenas partías,
que las aguas no van siempre
por donde al principio iban.

—¡Olé por esa boquita gritó embriagado Manolo, y sin quitar los ojos de la recién casada, cantó:

Nunca se apura una jembra
cuando ee le vá un cariño,
porque nunca falta un roto
pa zurcir un descosio.

Todos miraron a «Camándulas». El tiro no podía ir más derecho. La puñalada había ido al corazón. Levantóse el jitano; sus ojos despedían chispas. Con voz ronca, exclamó:

—Se acabó la pasensia!

Y enarbolando la guitarra la arrojó contra Manolo. Este esquivó el cuerpo y el instrumento popular dió de lleno en la cabeza de «Mechinales».

Gritaron las mujeres, Manolo sacó su faca; los hombres se arrojaron sobre él y sobre «Camándulas» y la boda acabó como el Rosario de la Aurora.

El tío «Mechinales» quedó tendido en el suelo y chorreando sangre su cabeza.

«Malalengua» acudió a su lado, le ayudó a levantarse, y cuando el viejo herrero se tentó la herida y vió el chichón que le había producido la guitarra, aquel tan rebuscado regalo de boda, miró con ojos de gratitud a «Malalengua» y dijo:

—¡Camará, si légo a regalarle el quinqué!

Mano me a ben

MANCHEGOS QUE TRIUNFAN

Marcos Redondo

En unos carteles, colocados pródigamente en esquinas y carteleras, hemos leído, en grandes letras versales rojas, el nombre de Marcos Redondo. Son los anuncios de su debut en el Gran Teatro cantando *Traviata*, la ópera en que Verdi canta el romanticismo de la Dama de las Camelias.

Hemos cambiado nuestro rumbo hacia el antiguo Teatro Lírico y hemos tomado una localidad para la noche.

Sigurábamos un éxito, porque habíamos oído cantar á Marcos, antes de ahora, y sabíamos que tenía una voz extensa y de una agradable pastosidad; y á pesar de eso la realidad ha superado nuestras esperanzas, ha colmado nuestros mejores deseos.

Porque Marcos Redondo ha tenido un éxito colosal, extraordinario; un éxito clamoroso en que el público puso todo su cariño para el artista, en una ovación delirante.

En el duo con Violeta—que hizo primorosamente

la Beltrano—dominó completamente al público; pero lo más grande fué el aria *De Proverza il mare, il suol...* que cantó nuestro barítono haciendo un alarde de facultades extraordinario. ¡Como que la cantó tres veces seguidas! ¡Aquello fué superarse á sí mismo. Tabuyo, su maestro, le regañó amoroso, luego en el camerino, por el esfuerzo que era expuestísimo. Y, á pesar de todo, en la tercera vez, el dominio fué tan grande como al principio; sin un desmayo, sin decaer un momento, sin rozar una nota.

Después de este alarde extraordinario el público era de Marcos.

Como actor estuvo un poco pesado. Le faltaba el dominio de la escena, que solo se logra á fuerza de costumbre.

La prensa toda, dedica á Marcos Redondo, unánimes elogios.

Y nosotros pensamos pregonar á todos los vientos que Marcos Redondo—el barítono manchego, que manchego de Ciudad Real es, aunque no naciera aquí es un formidable cantante.

SIMÓN ABRIL.